



# Carlos Pellicer

## YO TE BENDIGO VIDA

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,  
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?  
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,  
es un rayo de luna. . .

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?  
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?  
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,  
es un soplo de viento. . .

Dí, ¿quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan  
en el fuego divino de la tarde y que subes  
por la gloria del éter?  
—Son las nubes que pasan;  
mira bien, son las nubes. . .

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?  
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo. . .  
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,  
es la imagen del cielo. . .

¡Oh Señor! La belleza sólo es, pues, espejismo,  
nada más Tú eres cierto: ¡sé Tú mi último dueño!  
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?  
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,  
un poquito de ensueño. . .

Este poema que corresponde al volumen intitulado *El éxodo y las flores del camino* nos da definitivamente la clave del porvenir, del anteporvenir y del futuro de Amado Nervo, y es un ejemplo arquetípico de la escuela modernista. El modernismo tiene precursores en Colombia, en José Asunción Silva; en Cuba, en Julián del Casal y en el mismo Martí, y en México en Gutiérrez Nájera. Martí, gran escritor, uno de los más grandes prosistas del idioma, que era además un hombre de genio, no se dedicó exclusivamente a la acción poética; prefirió, por una vocación cierta, la acción política. Pero en su obra poética hay, indudablemente, apariciones de eso que llamamos el germen del movimiento modernista. El otro fue Gutiérrez Nájera. Julián del Casal fue sin duda un gran poeta, muerto muy joven, como Martí, a los treinta y tantos años. Gutiérrez Nájera muere a los treinta y seis. En la obra de Gutiérrez Nájera encontramos ya una vigorosa orientación hacia el nuevo camino dentro de la acción poética, y este nuevo camino tenía que ser originado en Francia. Nuestro colonialismo cultural continuó; nosotros estábamos en nuestra América —esto de nuestra América nos lo enseñó a decir el mismo Martí— empezando a dar nuestra propia voz, y esa

voz propia aparece, poéticamente hablando, en el movimiento modernista. Sin embargo los verdaderos grandes modernistas lo fueron en una escala menor. Todavía hay personas, sobre todo entre los jóvenes, que consideran que la obra de Rubén Darío está expresada en su mayor parte en un aire francés dieciochesco, dentro de ese versallismo elegante, falso y delicioso. No. Darío publica a los veinte años su libro *Azul*, pero en este libro ya se nota al nicaragüense, ya se siente al latinoamericano. Es indudable que hay notas de franco afrancesamiento, pero no hay que olvidar que Darío tenía veinte años. En esa época la poesía de habla española, con la sola excepción inmortal de Bécquer, era una poesía envejecida, anquilosada, de formas y cosas dichas y repetidas muchas veces. Bécquer es un caso aislado. Este poeta del amor, del amor desdichado, permanece. Es lo que queda, con toda firmeza, en la poesía peninsular del dieciocho y del diecinueve, antes del modernismo.

Había, pues, que cambiar, y esos aires vinieron de Francia. Gutiérrez Nájera fue un lector de poesía francesa, y hay en el Duque Job, que ése fue su seudónimo, un aliento vigoroso y lleno de salud, y por lo mismo de novedad. El buscaba, y encontró, una nueva forma de expresarse poéticamente. Sí, hubo precursores, y distinguidísimos, pero debía ser Rubén Darío, personaje de genio, poeta extraordinario, el que un día había de desplegar la bandera para dar y ganar la batalla del nuevo régimen poético. El afrancesamiento de Darío está un poco en *Azul*, y más francamente decidido y definido en *Prosas profanas*. “Era un aire suave” es un poema de ambiente francés, más bien europeo, aunque tiene toda la elegancia, aparentemente frívola, del París de esa época. Mas el poema tiene, en realidad, una honda significación de sentido simbólico. “La marquezita Eulalia” no es otra cosa que la expresión de un fenómeno anímico envuelto en toda esa esencia deliciosa, elegante, de ese momento de la poesía de Francia: pero detrás de ese poema está Verlaine. En 1905 aparece en Barcelona, cuidada por Juan Ramón Jiménez, joven admirable que quiso encargarse de la primera edición de la obra capital de Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*. En este libro lo francés casi no hace acto de presencia; ya es el canto, la voz más grande de América dando forma poética a todos los sentimientos del latinoamericano. En este libro aparece el poema dedicado a Teodoro Roosevelt, poema de una gran violencia, antinorteamericano; mas a la mitad del libro hay una pequeña sección intitulada *Los cisnes*, dedicada a Juan Ramón Jiménez (que entonces firmaba Juan R. Jiménez), y en ella aparece uno de los poemas más valiosos y extraños de cualquier país. Es ahí donde el poeta relata que una tarde, en Aranjuez, se



encuentra a la orilla de un espejo de agua con sus aves predilectas, los cisnes, y se dirige a ellos: de pronto, antes de la mitad del poema recuerda a su Nicaragua natal y a toda su América, y dice cosas terribles contra el imperialismo norteamericano. Este libro, tal vez el más perfecto de la poesía lírica en lengua castellana, va a definir para siempre el camino, de la poesía en nuestra América. Sí, Francia dio el punto de partida, la salida nueva para poder hablar, pero los modernistas (Darío, Lugones, Nervo), pronto abandonaron el preciosismo, el gusto por la fiesta galante, por las elegancias en la ropa, por ese ambiente perfumado, gracioso, cortés. Todo eso fue pasajero.

El poema de Nervo “¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente, / de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna? . . .” es típico, hasta por la manera de usar la consonante enmedio del verso. Después de hablar de la fuente, del ángel que en realidad no es más que las nubes; después de los collares que están en el agua y que solamente son las estrellas que se reflejan en la fuente; después de referirse con una gracia inimitable a lo que hemos convenido en llamar comúnmente la belleza, el poema termina en una forma insospechada: “¡Oh Señor! La belleza sólo es, pues, espejismo”, es ilusión, es cosa momentánea; “nada más Tú eres cierto; ¡sé Tú mi último dueño!” “¿Dónde hallarte, en el

éter, en la tierra, en mí mismo?” Y el eco de la respuesta: “Un poquito de ensueño te guiará en el abismo, / un poquito de ensueño. . .”

Ya antes Nervo había publicado un libro de ambiente modernista en donde la preocupación poética era la expresión de la belleza, pero de una belleza más epidérmica, más superficial: *El éxodo* y *Las flores del camino*, fruto de un largo viaje por Europa; y después publicaría un pequeño libro intitulado *Los jardines interiores*, hoy edición rarísima y muy apreciada, con ilustraciones a pluma de Julio Ruelas y de Roberto Montenegro. Pero pasa la fiebre del modernismo y viene el necesario encuentro consigo mismo. Todo gran poeta pasa por una época de tanteos y viajes alrededor de . . . pero un día el viaje terminará con el encuentro de sí mismo.

No es verdad que Nervo en su adolescencia haya sido seminarista; esto lo comprobó el extraordinario crítico literario don Alfonso Méndez Plancarte. Este sacerdote que hizo tantas rectificaciones a propósito de ese monstruo prodigioso que fue Sor Juana Inés de la Cruz, aclaró muchas cosas. Nervo sólo asistió a un colegio católico en Jacona, Michoacán, pero él ya estaba predispuesto al sentimiento religioso, de tal manera que la educación que recibió en ese colegio vino a despertar en él, más que a reforzar, una serie de indagaciones a propósito del sentimiento religioso que no es otra cosa que la disciplina para que nosotros, en la medida de nuestra persona, podamos llegar a alguna cercanía, a algún entendimiento con Dios. Nervo fue un poeta religioso que a veces se acercó hondamente al estado místico. Tenemos que diferenciar, por ejemplo, la personalidad de un San Juan de la Cruz o de una Santa Teresa de Avila, con otros poetas que fueron solamente religiosos, creyentes, que se dirigieron a Dios, pero que no tuvieron la capacidad —para llegar a este grado de elevación, ni a los linderos siquiera de la visión o la comprensión de Dios. En Dante en cambio —para citar un caso ilustre— sí hay una profunda actitud mística.

En 1901, a los treinta años, Nervo publicó un poema que causó sensación en América Latina, y que fue grandemente imitado: “La hermana agua”, poema escrito una noche en uno de esos cuartos de hoteles baratos que abundan en París; lo sugirió el golpecito de la gota de una llave de agua descompuesta. Durante el insomnio la gota caía y el poeta escuchaba cómo caía aquella gota permanente que inspiró ese poema que sobrevive con la misma fuerza de hace setenta años. “La hermana agua” representa un largo testimonio de religiosidad, en donde el espíritu de San Francisco de Asís, que calificaba a todos los elementos fraternalmente, está presente. El poema es admirable, se sostiene durante largos minutos; todas las formas del agua están presentes y Nervo



se dirige a ella en forma universal. A partir de este poema ya se encuentra decidida, definida, aclarada, orientada el alma del poeta mexicano hacia la religiosidad. En todos sus libros hay varias manifestaciones de sus sentimientos religiosos. La vida de París, de Madrid, la vida social: ese roce con las gentes de dinero lo obliga de cuando en cuando a escribir poemas de otro tipo, y también muchos de carácter amatorio.

Nervo fue un gran amante. El encuentro con Ana, la amada inmóvil, aquella noche en París, cuando acompañado de Darío, con quien ya lo ligaba una amistad nunca nublada, decidió una etapa de su vida. Muerta Ana, Amado Nervo cambia hondamente y la memoria de la amada muerta lo impele a escribir poemas en recuerdo de ella. Este recuerdo se va afinando, orientándose hacia un horizonte definitivamente religioso; se diría que la mujer, después de la muerte de Ana no es para Nervo más que una sombra. El recuerdo de Ana lo orienta hacia lo divino y hacia el deseo vago de morir. No llega al ansia de la muerte a que llegó Xavier Villaurrutia, pero habla de la muerte con gran familiaridad. Hay un tuteo, hay un trato, hay el convencimiento de que morir es vivir para siempre. Esa idea de vivir para siempre es la demostración de algo muy importante en el ser humano: la fe. Escultores y pintores han representado la fe con una venda sobre los ojos; se ve hacia adentro, no hacia afuera.



“Está ciego de fe”, decimos de alguien. Ya Nervo no es el poeta fascinado por la gracia y riqueza del idioma, ahora escribirá en la forma más sencilla su libro más importante *Elevación*. En él leemos:

Lugar común, seas  
loado por tu límpida prosapia,  
y nunca más desdénente los hombres.  
Expresión dicha ya, por cien millones  
de bocas, está así santificada.  
Cien millones de bocas  
dijeron: “Yo te amo”,  
y al decirlo engendraron cien millones  
de veces al amor, padre del mundo.

Hay todavía locos que pretenden  
decirnos algo nuevo, porque ignoran  
los libros esenciales  
en que está dicho todo.  
Buscan las frases bárbaras,  
las torcidas sintaxis, los híbridos vocablos nunca juntos  
antes, y gritan: “Soy un genio, ¡eureka!”  
Mas los sabios escuchan y sonríen.

¡Oh, tú, Naturaleza, madre santa!  
¡Oh, tú, la siempre igual y siempre nueva,  
monótona, uniforme, simple como  
la eternidad: bendita seas siempre!  
Bendito sea, mar, cantor perpetuo  
de la misma canción: Bendito seas  
viento, que hieres las perenes cuerdas  
de los árboles quietos y sumisos.  
Bendito seáis, moldes  
de donde surge el mundo cada día  
semejante a sí propio;  
bendita la unidad de las estrellas;  
bendita la energía  
de donde todo viene, y que es idéntica  
bajo diversas fases ilusorias.  
Hablemos cual los dioses,  
que siempre hablan lo mismo.  
Digamos las palabras  
sagradas que dijeron los abuelos  
al reír o al llorar,  
al amar y al morir. . .

Mas al decir “amor”, “dolor”, “muerte”,  
digámoslo en verdad,  
con amor, con dolores y con muerte.

Este lugar común que Amado Nervo nos está diciendo y repitiendo en *Elevación*, es el lenguaje que se dirige con humildad, pero familiarmente a Dios, convencido violentamente de su fe.

A medida que el tiempo pasa y la persona física de Amado Nervo se va afilando, se va concretando a una especie de rayo de luz filtrado más por una ventana de la tarde, por una ventana de la aurora, el poeta escribe y nos dice:

Todo yo soy un acto de fe.  
Todo yo soy un fuego de amor.  
En mi frente espaciosa leé,  
mira bien en mis ojos de azor:  
¡Hallarás las dos letras de Fe,  
y las cuatro radiantes de Amor!

Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo, Vida,  
porque nunca me diste ni esperanza fallida  
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;  
porque veo, al final de mi rudo camino  
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;

que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,  
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:  
cuando sembré rosales coseché siempre rosas.

... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:  
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas,  
mas no me prometiste tú sólo noches buenas,  
y en cambio tuve algunas santamente serenas...  
Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.  
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

El castaño no sabe que se llama castaño,  
mas al aproximarse la madurez del año  
nos da sus nobles frutos de perfune otoñal;  
y Canopo no sabe que Canopo se llama,  
pero su orbe celoso nos envía su llama  
y es de los universos el eje sideral.

En la feria de Bailén, número 16, a la vista de la casa de campo y casi frente al Palacio Real de los reyes de España, en Madrid, vivió Nervo, y sabemos que hizo un verdadero esfuerzo para comprar, aunque fuese de segunda mano, un telescopio que colocaba en el balcón de su vivienda. Era,



pues, un aficionado a la astronomía, por eso en su obra con frecuencia vemos nombradas estrellas y constelaciones.

Una de las cosas fundamentales, esenciales al ser humano es nuestra enorme capacidad para envidiar, para odiar, para ambicionar, de ahí que sólo reducir en nuestra personalidad la ambición desmedida, la capacidad de odio, la capacidad de envidia; solamente un logro referido a disminuir esa capacidad inherente al ser humano, exige de nosotros un enorme esfuerzo. Nervo lo logró, cuando escribe:

Si una espina me hiere, me aparto de la espina,  
... ¡pero no la aborrezco!  
Cuando la mezquindad  
envidiosa en mí clava los dardos de la inquina,  
esquivase en silencio mi planta, y se encamina  
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

¿Rencores? ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!  
Ni restañan la herida ni corrigen el mal.  
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores,  
y no prodiga sabias de pinchos punzadores:  
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,

se llevará las rosas de más sutil esencia;  
y si notare en ellas algún rojo vivaz,  
¡será el de aquella sangre que su malevolencia  
de ayer vertió, al herirme, con encono y violencia,  
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz.

Si Tú me dices: “¡Vén! ”, lo dejo todo...  
no volveré siquiera la mirada  
para mirar a la mujer amada...  
Pero dímelo fuerte, de tal modo

que tu voz, como toque de llamada,  
vibre hasta el más íntimo recodo  
del ser, levante el alma de su lodo  
y hiera el corazón, como una espada.

Si Tú me dices: “¡Vén! ”, todo lo dejo.  
Llegaré a tu santuario casi viejo  
y al fulgor de la luz crepuscular;  
mas he de compensarte mi retardo,  
difundiéndome, ¡Oh Cristo! como un nardo  
de perfume sutil, ante tu altar.

¿Qué estás haciendo rosa?

—Estoy en éxtasis.

—Agua ¿qué estás haciendo?

—Aparta, aparta;

no perturbes mi espejo con tu imagen...  
estoy copiando un ala.

Estoy copiando un ala peregrina,  
¡blanca, muy blanca!

—Inmóviles follajes de los olmos,  
¿por qué están silenciosas vuestras arpas?  
Se dijera que, en vez de dar conciertos,  
los escucháis...

— ¡Por Dios, aguarda, aguarda !  
que estamos aprendiendo melodías  
misteriosas, que pasan  
en la inquietud augusta de estas noches  
estivales: son almas  
que revuelan cantando...

¡Si tú escuchar pudieras lo que cantan,  
ya no más a las músicas terrestres  
les pedirías nada!

Se ha visto que la obra de Nervo, aun la obra del admirable poeta modernista que él fue, está más cerca del ser humano que de la natura cosa. Si convenimos que el hombre es el último resultado de la natura cosa, admitimos que en toda la obra de Nervo existe, vive, persiste, la idea del amor, y en los últimos años de su vida esta idea del amor universal coincide con las últimas palabras de la *Divina Comedia*, palabras que nos conmueven muy hondamente: es aquel instante en que Dante detiene la obra de su poema cuando entrevé, o cree entrever la luz de Dios, que según sus palabras exactas, es nada menos que “el amor que muere al sol y a las demás estrellas”.



Junio 15 de 1916.